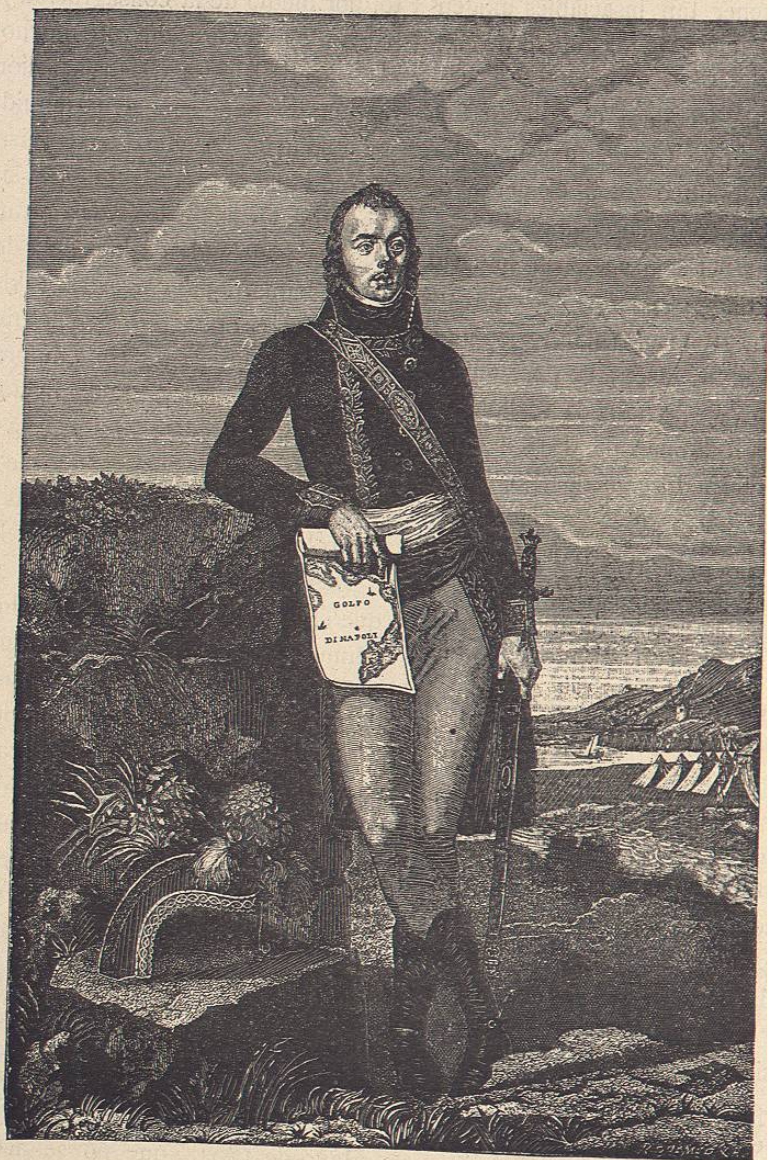


desde que ella había firmado con él su pacto de alianza, ¡cuántas decepciones, cuántas amarguras, cuántos motivos de queja y de desconfianza, principiando por las supercherías de la firma y de la publicación de los artículos orgánicos, hasta acabar con la falsa retractación de los obispos constitucio-

nales y con las violencias de la extradición de Vernegues!

La curia romana había aceptado estas y otras humillaciones, mientras temió por su existencia, en medio de una época tan nueva, no dependía sino de un hilo, y este hilo estaba colocado en manos temi-



MACDONAL

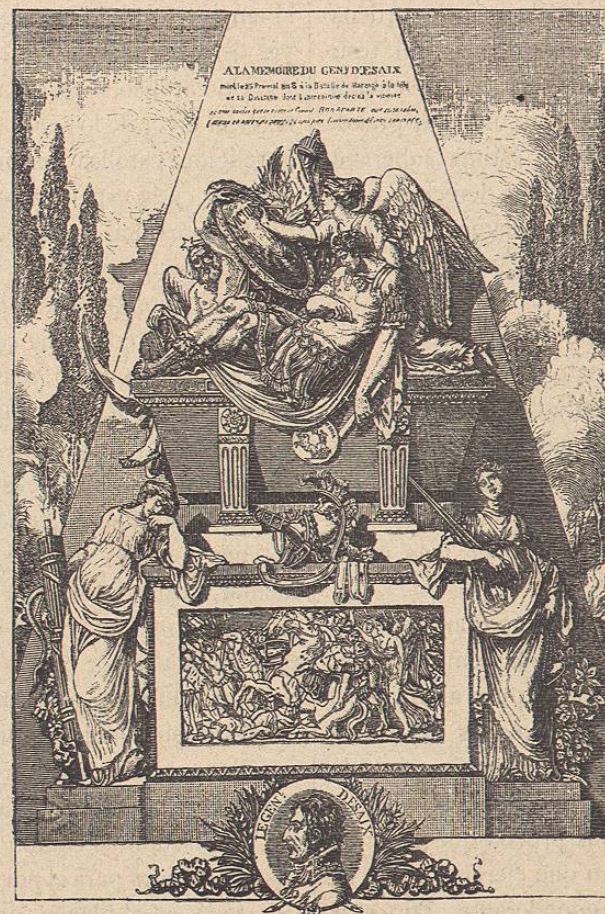
bles. Había, pues, sufrido en todo su rigor las condiciones del pacto; veía á los obispos franceses empleados como funcionarios, ora para apoyar la ejecución de las leyes relativas al servicio militar, ora para denunciar y espiar los fautores de conspiraciones políticas, ora, en fin, secundar con un entusiasmo de encargo las manifestaciones de una opinión pública falsa, de la cual se servía Bonaparte para sus ambiciosos proyectos. No estaba, pues, le-

jano el momento en que Fouché, el ministro de Policía, iba á escribir con completa verdad su famosa circular:—« Señor obispo, entre vuestras funciones y las mías existe más de una relación.»

Todos esos servicios poco honrosos, poco dignos de un poder que pretendía ser una potencia moral, la Iglesia los prestaba lamentándose de ello, pero prefería prestarlos á perder una protección todopoderosa. *Omnia serviliter pro dominatione*. A esas

quejas, en cierto modo personales por la Iglesia, venían á juntarse ahora, recientemente, un punto á sus ojos de censura, mucho más importante, si hubiese tomado á pechos su papel de juez espiritual, y de árbitro soberano de las conciencias, aludimos al crimen de Vicennes. No podía escapar á la corte de Roma que uno de los motivos determinantes de Bonaparte, llamando al Papa á Paris, era de colocar

al asesino bajo la protección de la aureola pontifical, de presentarse no sólo absuelto, sino glorificado por el elegido de Dios. Los otros soberanos tenían el derecho de no considerar el asesinato del duque de Enghien más que desde el punto de vista político, el Papa estaba obligado por los deberes más imperiosos de pastor de las almas á considerarla, además, desde el punto de vista moral, pues la consagración



Tumba del general Desaix

que se le pedía no tenía otro fin que completar y acabar la obra principiada con la descarga de Vicennes, es decir, la sustitución de la casa de los borbones por la de Bonaparte. Al consagrar esta obra aprobaba los actos preparatorios, se declaraba altamente solidario de una acción que un soberano cismático, el emperador de Rusia, no había vacilado en denunciar á la indignación del mundo civilizado, venía en fin á cubrir al culpable con el prestigio de su autoridad en un momento en que la reprobación universal hacía presagiar su próximo castigo.

No es permitido suponer que Pío VII, por débil y limitado que fuera, pudiera sustraerse á escrúpulos tan naturales en su posición. Consalvi prueba

en sus *Memorias* « que la muerte del duque de Enghien fué una de las causas que por más tiempo hicieron vacilar al Santo Padre, y que cuando se le anunció el asesinato de esta grande é inocente víctima, sus lágrimas cayeron tanto por el muerto, como por el autor del atentado. » ¿ Si fué esto así, qué consideración podía llevarle á asociarse de una manera solemne é irrevocable á este acto que deploraba tan amargamente? ¿ El temor de perder todas las ventajas temporales hasta entonces conseguidas? ¿ La esperanza de ganar otras nuevas? Muy pronto hubo lugar de reconocer cuán quimérica era esta esperanza. En cuanto á las desgracias que se temían, su complacencia no le preservó de ellas, ¿ pero cuánto

más no hubiera ganado su autoridad moral á los ojos del mundo si las hubiese merecido por una noble resistencia, en vez de incurrir en ellas por quisquillosidades de disciplina eclesiástica ó querrelas territoriales?

Por lo demás, tenía tan claro conocimiento de la gravedad del paso que se le hacía querer dar que no se atrevió á asumir por sí solo la responsabilidad, no decidiéndose por la afirmativa sino después de haber consultado una comisión de veinte cardenales. Escúchemos todavía sobre este punto el testimonio del cardenal Consalvi: «Pero, al presentarse en París, el Papa daba á Napoleón una tan grande prueba de ternura paternal y de estima soberana, que Roma derogaba plenamente sus derechos y sus costumbres, que ni un momento dudamos de que el emperador sabría agradecer á la Santa Silla una condescendencia tan marcada. Nos engañamos, sin embargo, en nuestras previsiones religiosas.»

¡En verdad que el momento era singularmente escogido para dar á Napoleón esta grande muestra de ternura y de estima! ¿Pero cuales eran esas previsiones «religiosas» que llevaban al Papa y á sus consejeros no sólo á dominar repugnancias tan naturales, sino á ahogar la voz del deber más imperioso?

Fácil es de ver que en el fondo no eran esperanzas más que de una naturaleza toda temporal. Las condiciones que la corte de Roma puso al viaje del Papa á París, eran en verdad tomadas del orden espiritual, pero aún cuando las presentó ante todo como necesarias y absolutas, pronto fué dejando de lado las más esenciales; lo que prueba que tenía en vista intereses de otro género que ejercían sobre su voluntad una influencia preponderante. Por esas condiciones, enumeradas minuciosamente en una memoria del cardenal Fesch, se estipulaba en sustancia que la carta de invitación del emperador al Papa mencionaría como motivo determinante de su conducta «el bien y la utilidad de la religión.» No se quería en modo alguno que se dijera que el Pontífice no se había decidido más que por complacencias para con el soberano, bien que esta fuese la verdad; convínose además que de un común acuerdo se volvería á tratar de los artículos orgánicos del Concordato; que se exigiría la retractación ó la dimisión de los obispos constitucionales. Viniendo luego á otras cláusulas bastante insignificantes entre las cuales se encontraba esta que pinta el espíritu sacerdotal y que produce un singular efecto en medio de tan graves negociaciones: «el Papa protesta que no permitirá que se le presente á la señora de

Talleyrand.» En todo lo demás se podía transigir pero en este punto no había discusión.

Bonaparte tenía un medio seguro de calmar los escrúpulos de la corte romana, y era el de excitar sus pretensiones. Nadie como él poseyó el arte de hacer esperar lo que no quería ceder, y usó de ello largamente en esta circunstancia. Todo parecía arreglado cuando se levantó en Roma una nueva dificultad con motivo del juramento que debía prestar el emperador, «de respetar y hacer respetar las leyes del Concordato y la libertad de cultos.»

«Un católico,—escribía Consalvi,—no puede proteger el error de los cultos falsos.... Es de ciencia en la religión católica ser intolerante. No es posible mecerse en la esperanza de dar vuelta á esta cuestión en presencia del Papa. Pío VII no se prestará á ello: y si se intentare, no vacilaría en salir de la Iglesia en el instante mismo en que tal cosa ocurriera.»

Nada más conforme con el espíritu y tradiciones del catolicismo como esas máximas, pero desde el momento en que se emitían era necesario sostenerlas, y esto es lo que no se hizo; nueva prueba de que todas esas objeciones no eran más que protestas, y que lo que se quería era hacerse rogar para obtener mayores ventajas. Fué, pues, preciso parlamentar, argüir, distinguir entre «tolerancia civil y religiosa,» en una serie de notas en las que Talleyrand apuntado por el obispo Bernier se mostró un teólogo completo: pero su argumento más decisivo consistió en reunir en una haz todas las medidas que Bonaparte había decretado en favor de la Iglesia y del papado, desde la primera campaña de Italia, y presentarlas como el verdadero testimonio de sus intenciones para el porvenir. Al redactar este cuadro, tocó en el blanco, pues respondía á preocupaciones que estaban sin cesar presentes en el espíritu de Roma, pero preocupaciones que no podía confesar explícitamente sin reconocerse culpable del crimen de simonía. Esta idea que la inquietaba y que no osaba confesar, este pensamiento que estaba condenada á callar por prudencia tanto como por pudor, era el mismo que le había dictado sus concesiones en la época del Concordato, era la esperanza de recobrar las legaciones, y hasta Avignon y Carpentras. Embarazada con esta falsa situación, obligada entonces como hoy á contentarse con semi-promesas, y á proceder con insinuaciones, había sido completamente burlada por Bonaparte, falto de haber podido estipular francamente las condiciones que más á pechos tenía; ahora se decía que no se atrevería á engañarla de nuevo, mientras que él, alentado por un primer triunfo, teniendo de su lado

inmensas ventajas, arriesgábase de nuevo en su atrevido juego, aprovechándose de esa oculta inteligencia que le permitía mucha vaguedad en sus compromisos dando á la corte de Roma esperanzas que no entendía satisfacer.

Así resultó por segunda vez engañada, pero engañada por su propia avidez lo mismo que por la picardía de su adversario. A pesar de todo el ruido que más tarde hizo por tales decepciones, lo cierto es que no obtuvo de Bonaparte mas que seguridades indefinidas que jamás constituyeron una promesa formal.

Napoleón estaba muy lejos de pensar entonces en una restitución ni siquiera parcial de las legaciones á la Santa Sede, tanto que, en el momento mismo en que daba motivo para que en ello se confiase, lo preparaba todo para una transformación de la República cisalpina en un reino italiano del cual las legaciones debían formar una de las bellas provincias.

A este efecto hacíase dirigir, por la Consulta de Milán, votos todavía menos sinceros que los que habían servido de pretexto á su elevación á la presidencia, sin importarle un ardite del mal efecto que esta usurpación iba á producir en Europa. Estaba resuelto, según escribía á Melzi, — 23 de Junio de 1804,—á establecer un orden de cosas más conforme con el espíritu del siglo, lo que significaba un despotismo parecido al que hacía pesar sobre Francia. Sabiendo hasta qué punto los patriotas italianos eran capaces de ilusionarse y prontos á inflamarse por todo lo que parecía prometerles la unidad de su patria, les arrojó para que se entretuvieran la gran frase de *patria italiana*. Melzi, más frío y previsora que sus compatriotas, en razón de sus íntimas relaciones con el primer Cónsul, no temió exponerse á su resentimiento haciéndole observar que Italia no había conocido hasta entonces los beneficios de la dominación francesa, más que por el aumento en los impuestos, único resultado que había tocado: «Melzi,—decía Bonaparte á Marescalchi en carta de 28 de Agosto de 1804,—cuando me escribió tal cosa sufría, sin duda, de un ataque de gota... Es conocer muy mal al género humano y al espíritu de las naciones hasta las más cobardes y depravadas, creer, que puedan estimar su existencia política, por el número mayor ó menor de cargas que sufren.»

Si los italianos ilustrados veían con muy poco entusiasmo el cambio proyectado, las potencias no podían encontrar en él más que un nuevo motivo de alarma ó de queja, según les amenazaba directa-

mente en su existencia ya comprometida por nuestra invasora política, ó que les suministrase pretextos para explotarlos en interés común. ¿Qué mejor argumento podíamos dar á Pitt cerca de los gobiernos europeos hasta entonces indecisos?

Acababa ese gran ministro de volver á ocupar su puesto á la cabeza del gobierno de su país, á pesar de las repugnancias personales del rey. El ministro Addington había caído con más de cincuenta votos de mayoría, como derribado por la sola evidencia del peligro público y por el sentimiento propio de su incapacidad.

Pitt hubiera querido asociar á Fox á su ministerio para agrupar en rededor suyo todas las fuerzas nacionales, pero en esto encontró una repugnancia invencible por parte del rey Jorge. Contentóse, pues, con ofrecer dividir el poder con los amigos de su ilustre rival que se negaron á aceptar por una exagerada susceptibilidad.

Hásele reprochado por Macaulay el no haber hecho de la admisión de Fox una condición *sine qua non* de su propia entrada en los negocios, pero sin examinar con su historiador lord Stanhope, si el estado de salud del rey le permitía ó no insistir en este punto, y sin poner en duda el brillo que el nombre y talento de Fox hubiesen dado á su nuevo gobierno, es permitido decir que una vez producido ese primer efecto, el ministerio hubiese perdido á la larga en fuerza y en unidad de acción.

Para Europa ese ministerio no tenía mas que una significación, la que le daba la presencia del hombre que había sido el alma de la precedente coalición, y quién, á despecho de sus errores ó de sus equivocaciones, había demostrado en esa lucha un gran carácter y una indomable voluntad.

Inglaterra se sentía tranquila al verle tomar de nuevo el timón que durante tanto tiempo había manejado con firme mano. Su política bien conocida consistía en generalizar la guerra y á combatir á Francia en Europa. Esta táctica era precisamente la que Napoleón quería emplear contra Inglaterra, pero intentando lo imposible, porque no podía tener para sí Europa sino después de haberla conquistado, y porque Francia permanecía siempre expuesta en caso de derrota, mientras que Inglaterra estaba cubierta por su posición fortificada.

La vuelta, pues, de Pitt á los negocios, equivalía para todo el mundo á la renovación de la guerra continental. El Parlamento, á su primera indicación, le votó una suma de sesenta millones de fondos extraordinarios cuyo empleo, dejado á su discreción, tenía por objeto fomentar y sostener los esfuerzos